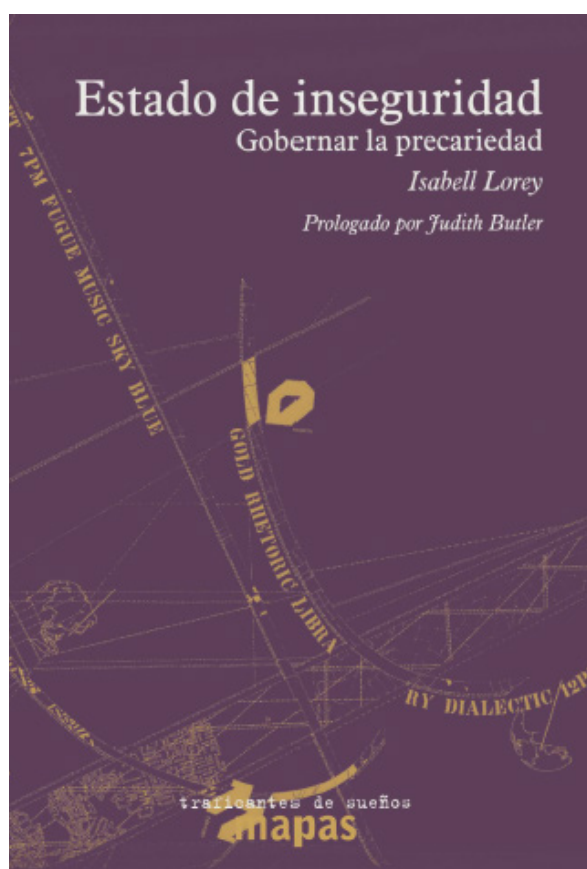


Isabell Lorey . *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad. Traficantes de Sueños*, Madrid, 2016.

ITZEL IBARGOYEN

Universidad de la República – Uruguay
itzel.ibargoyen@gmail.com



El llamado que hace Isabell Lorey con su detallado trabajo, a repensarnos, a partir de las implicancias sociales y políticas de la precariedad es sumamente necesaria y provocadora. Permite la reflexión, en un sentido amplio, sobre las dinámicas de subjetivación dominantes que se establecen con los gobiernos neoliberales en la actualidad y que bajo el régimen de la precarización determinan una forma de gobierno que produce inseguridad social permanente como mecanismo de obediencia. Coloca a su vez, la pregunta fundamental, activadora, de cómo estas mismas dinámicas de subjetivación pueden ser punto de partida para las luchas políticas, en tanto espacio de posibilidad –por sobre el miedo y en un vínculo distinto consigo mismo y los demás- en la ambivalencia entre sujeción y libertad que les son inherentes. Como menciona Judith Butler en el prefacio al libro, Lorey abre su abanico conceptual para mostrarnos las formas de producción de “inseguridad” de la mano de la crítica feminista -incluida la propia Butler- la historia de la soberanía política, en las nociones marxistas sobre el trabajo reproductivo y en la concepción del poder de

Foucault —excediéndolo— hacia una crítica a la filosofía política liberal. Buscando trascender además aquellas concepciones de las Ciencias Sociales que con Castel y Bordieu ubican a la precarización solo en su carácter negativo, como desviación, en contraposición a la norma de seguridad, quitándole su aspecto resistente. De esta manera Lorey analiza las relaciones de dominación y poder a partir de la precarización —como condición impuesta y autoimpuesta—, rompiendo con cierto sentido común, que entiende este fenómeno, ya sea, como una condición de los excluidos, los marginados, los “otros”. O como problema ajeno, distanciado, de la supuesta estabilidad y seguridad que supone el trabajo asalariado encarnado en la figura del varón proveedor de la familia, que con el Estado de Bienestar en las democracias occidentales se ha impuesto y cuyo modelo ideal productivo en el posfordismo se está desintegrando. Para ubicar el problema, no como excepcional, un fenómeno marginal de las relaciones neoliberales contemporáneas, sino central para el control de cuerpos y afectos. Es decir, el modo hegemónico de ser gobernados y de gobernarnos a nosotros mismos, que se encarna en las nociones liberales de soberanía ciudadana individualizante que demanda seguridad ante la amenaza externa. Tornándose fundamentación de la acumulación capitalista — como posibilidad de explotación y como necesidad de inmunización— que abarca la totalidad de la experiencia vital de las personas y que tiene su cara visible en la incertidumbre y la angustia permanentes sobre nuestras propias condiciones de existencia, garantizando de este modo la subordinación. Ahora bien, ¿cómo pensar la precarización como una forma de gobierno desde la coyuntura latinoamericana? ¿Qué implicancias tiene la para acción colectiva esta perspectiva? La formación del Estado de Bienestar y su caracterización como experiencia acotada en el tiempo, no deja de ser contradictorio en la coyuntura Latinoamericana. Asociado a su vez a las formaciones políticas de los países centrales del pleno empleo como soporte, que lo distancian del tradicional mercado de trabajo informal latinoamericano. En este panorama signado por las desigualdades de sistemas de opresión étnica, racial, sexual y laboral tan brutales como históricos donde la precariedad extrema de la vida en su conjunto es la regla para una mayoría con escasa elección, el potencial rupturista de la precarización como ambivalencia, en tanto afirmación positiva, como desobediencia, que nos propone Lorey, tiene sus límites y paradojas. De todos modos, es evidente como las relaciones de precariedad de las condiciones de trabajo y de vida se han generalizado dramáticamente, en todos los ámbitos, inclusive en sectores medios y altos y Latinoamérica no es excepción. Ese “precario” (latinoamericano) encarnado en un otro, “indígena”, “pobre”, “negro”, “mujer”, sigue siendo, en la construcción social y política democrática actual, alguien que siempre es un “otro”, desviado, un ajeno, al que la precarización en sus variantes históricas, y esto es lo central, igualaría como “condición y como el efecto del dominio y de la seguridad” (Lorey, 2016) Su perspectiva nos ilumina, al evidenciar las líneas de continuidad de las formas de subjetivación burguesa que persisten subyacentes, y que pese a sernos “impuestas”, construyen fuertes sentidos políticos hegemónicos bajo la ambivalencia de ser dueños de nuestra vida y no serlo. Lorey nos invita a desarmar nuestras propias concepciones liberales (y colonialistas) anidadas, cediendo nuevos espacios de lucha política, convidándonos al gozo y la acción de nuestra fragilidad posible, abogando, junto con el pensamiento crítico feminista, por una “comunidad de cuidados, una otra “ciudadanía”.

